



José A. Ferrer Benimeli

Viaje y peripecias de los jesuitas expulsos de América
(El Colegio de Córdoba de Tucumán)

Universidad de Zaragoza

En anteriores trabajos he abordado las incidencias de la expulsión de los jesuitas en algunos lugares de España y América, así como los sufrimientos y sinsabores del viaje marítimo de los peninsulares por el Mediterráneo antes de ser desembarcados en la isla de Córcega¹. La existencia de interesantes y detallados Diarios de los propios expulsos, como los de Luengo, Isla, Tienda, Reich, Cano, González, Pérez, etc., nos proporcionan datos en gran parte conocidos, si bien hoy día empiezan a ser más utilizados. Para los expulsos americanos y filipinos también hay Diarios como los de Velasco, Peramás, Paucke, Iturri, Puig, etc.

En esta ocasión me voy a fijar en especial en el escrito por el P. José Manuel Peramás (Mataró 1732-Faenza 1793), profesor de Moral en el Colegio-Universidad de Córdoba, de la entonces provincia jesuítica del Paraguay que, hasta 1625, abarcaba Argentina, Uruguay, Paraguay, casi todo Chile y parte de Bolivia y Brasil. La provincia jesuítica del Paraguay, pues, no estaba encerrada en los límites de la actual república del Paraguay, sino que se dilataba quizás diez veces más que ella. De ahí la

importancia de distinguir entre República del Paraguay y provincia jesuítica del Paraguay. Cuando llegaron los jesuitas al Río de la Plata, y aún mucho tiempo después, toda la región tenía el nombre de Provincia civil del Paraguay, siendo su capital la Asunción, y este nombre de Paraguay es el que tomaron los jesuitas para su Provincia eclesiástica o jesuítica, cuando se organizó como tal en 1607. Posteriormente diversos cambios políticos fueron reduciendo el Paraguay civil a una pequeña parte de lo que fue, en tanto que los jesuitas mantuvieron hasta la expulsión la mayor parte de lo que había sido provincia civil del Paraguay. Solamente a partir de 1625 fue erigida en Vice-Provincia la parte de Chile.

Por lo tanto, en el momento de la expulsión, lo principal de la Provincia jesuítica del Paraguay estaba propiamente en la actual República Argentina, donde además radicaba su noviciado, residencia del Provincial, el Colegio Máximo de Filosofía y Teología, autorizado para conferir grados universitarios, así como el Colegio internado de Monserrat, todo ello ubicado en la ciudad de Córdoba, a excepción del Provincial que residía en Buenos Aires. Otros ocho colegios y una residencia estaban repartidos en diversas ciudades argentinas, entre ellas Buenos Aires que tenía dos colegios². Además en Argentina estaban situadas la mitad de las treinta Doctrinas, reducciones o misiones de Guaraníes y casi todas las del Chaco. Finalmente los dos únicos Oficios o Procuradorías de Misiones, existentes en aquel entonces, tenían su sede, uno en Buenos Aires y otro en Santa Fe. En tanto que la actual República de Paraguay sólo había un colegio y ocho reducciones de guaraníes. Recordemos que los jesuitas de la Provincia del Paraguay tenían a su cargo 16 reducciones sobre el río Uruguay, 13 sobre el Panamá, 8 en el Gran Chaco, 10 entre los indios Chiquitos, con un total de 47 reducciones, aunque las más famosas se hicieron las conocidas popularmente como guaraníes.

Ocupados en todas estas obras, colegios, residencias y reducciones, cuando sobrevino la expulsión, la Provincia jesuítica del Paraguay contaba con 457 sujetos, de los que 81 eran oriundos de estas regiones, 53 alemanes, 17 italianos, 4 ingleses,

2 peruanos, 2 portugueses, 1 griego, 1 francés, 1 belga y 295 españoles.

El Diario del P. Peramás, aunque lleva la fecha del 24 de diciembre de 1768, y corresponde a una carta remitida «a un señor abate de la ciudad de Florencia a petición propia»³, es más bien una narración de lo ocurrido -día a día- desde el momento que tuvo lugar la ejecución del decreto de expulsión en Córdoba, el 12 de julio de 1767, hasta la llegada a Faenza, lugar en que acabaron siendo confinados los jesuitas de la provincia de Paraguay⁴

La duración del viaje fue exactamente de un año y sesenta y seis días, es decir, de catorce meses y medio, divididos de la siguiente forma: 11 días encerrados en el refectorio del Colegio de Córdoba; 28 días en el trayecto desde Córdoba a los navíos; 24 días y un mes en la escuadra, o lo que es lo mismo en el Río de la Plata desde su embarque hasta llegar a la alta mar⁵; 85 días de Indias a Cádiz; 5 meses y 3 días en el Puerto de Santa María; 4 días en la Bahía de Cádiz; 51 días de Cádiz hasta Bastia, en Córcega; 26 días en Bastia; 16 días de Bastia a Sestri; y 13 días de Sestri a Faenza.

En total permanecieron embarcados cuatro meses y 28 días, a los que hay

que añadir los que tuvieron que caminar por tierra -en América e Italia- y los que permanecieron encerrados, tanto en Córdoba, como, sobre todo, en Puerto de Santa María, donde los misioneros de las reducciones guaraníes, que llegaron mucho más tarde -el 7 de agosto de 1769- permanecieron recluidos más de un año, alojados en la casa de los agustinos y en el Hospital de San Juan, hasta que finalmente fueron reenviados a Italia.

Arresto en Córdoba

Estaba previsto que -al igual que en la metrópoli- tuviera lugar el arresto de los jesuitas el mismo día. En España la ejecución del extrañamiento tuvo lugar en todas las casas de Madrid, simultáneamente en la madrugada del uno de abril de 1767, y en la del tres en el resto de España. Sin embargo, el Gobernador de Buenos Aires, Bucarelió, recibió las órdenes de Madrid con bastante retraso el 7 de junio, siendo él quien debía trasmitirlas al Gobernador de Chile, al Presidente de la Audiencia de Charcas y al Virrey del Perú, donde la ejecución del decreto de expulsión se retrasaría todavía más. Bucareli, dado lo complejo de la operación, en la que tenían que intervenir cientos de personas entre Comisarios, Justicias, Escribanos, soldados, etc., y de la preparación logística de carretas y sus tiros, barcos, víveres, ropa, etc., escogió la fecha del 21 de julio para poner en práctica las órdenes recibidas de la Corte. Pero se vio obligado a adelantar la fecha a la noche del 11 o madrugada del 12 de ese mismo mes, debido a que un jabequin, que había salido del Ferrol, zozobró en el llamado banco inglés⁷, no muy distante de Montevideo, y la tripulación arribó a Buenos Aires. Temiendo pudieran divulgar lo sucedido en España, donde la expulsión había sido puesta en marcha dos meses y medio antes, y para evitar que los jesuitas ocultaran «los tan decantados tesoros y sospechosos papeles», Bucareli dio la orden inmediata del arresto de los jesuitas de los colegios de Buenos Aires y demás Colegios y Residencias de su jurisdicción⁸.

El Colegio de Córdoba -como hemos visto- era el más importante de la provincia ya que estaba compuesto del Colegio Máximo de Filosofía y Teología, que tenía categoría de Universidad⁹, así como del Noviciado y del colegio internado o Real Convictoria de Monserrate, además de ocho haciendas con sus correspondientes administradores y curas: Hacían un total de 136 sujetos. En el Colegio vivían entre comunidad, profesores, estudiantes jesuitas, novicios y seminaristas 112 sujetos. El Convictorio, de hecho, formaba edificio aparte y contaba con seis jesuitas y 66 colegiales. Los restantes 20 jesuitas eran los encargados de administrar material y espiritualmente las ocho haciendas, y vivían también fuera del colegio, en sus correspondientes lugares.

Los 112 jesuitas que vivían en el Colegio estaban repartidos de la siguiente forma: Comunidad 12, entre ellos el P. José Páez, Maestro de la lengua quechua, y el P. Tomás Falconer, médico; Profesores 10; Estudiantes 23 (4 de 4.º año, 4 de 3.ª, 3 de 2.º y 12 de 1.º); Físicos 14; Seminaristas 13, de los que seis enfermos habían sido trasladados a Buenos Aires para que continuaran allí sus estudios; Coadjutores 18, entre los

que además de los oficios clásicos de procurador, portero, sacristán y enfermero, figuraban otros como hortelano, sastre, boticario, carpintero, ropero, obrajero, despensero, herrero e impresor. Total 90 a los que hay que añadir los 22 que integraban el Noviciado entre novicios estudiantes que eran cuatro, novicios coadjutores que eran siete, tercerones que eran ocho, todos ellos dirigidos por el correspondiente Padre Maestro de novicios y dos Ayudantes.

En el Convictorio vivían tres Padres y tres Hermanos coadjutores. Finalmente los 20 jesuitas residentes en las ocho haciendas (siete del Colegio y una del Convictorio) estaban así distribuidos: en la Santa Catalina, 3 Padres (el P. José Guevara, Historiador de la Provincia, el Cura y un tercero demente) y 4 Hermanos entre los que además del administrador había un arquitecto, Antonio Harls, y dos obrajeros. En Jesús María, un cura, un administrador y un hortelano. En Alta Gracia dos Padres: Cura y administrador y un Hermano obrajero. En Candelaria un Cura y un administrador. En Calamochita un Cura, un administrador y un compañero. En Calera y en Santa Ana un administrador en cada caso, y finalmente en Caroya, que era la hacienda del Convictorio, un Cura y un administrador¹⁰.

Al Colegio de Córdoba llegaron 80 soldados con los oficiales correspondientes bajo el mando del Comandante D. Fernando Fabro, la noche del sábado 11 de julio o más bien la madrugada del domingo 12¹¹. Puestos centinelas por afuera y en la ranchería o casa de los esclavos, el Comandante y el resto de la tropa «con la bayoneta calada y con orden de hacer fuego a la menor resistencia» rodearon el Colegio desde la medianoche hasta las tres de la madrugada en que tocaron la campanilla de la portería para una confesión. Cuando abrió el portero, los soldados entraron en tropel y Fabro «pidiendo paso franco le puso dos pistolas a los pechos del pobre portero, le pidió las llaves y, cerrando la portería, mandó le condujese al aposento del P. Rector» [7]. Parece ser - a juzgar por lo que dice el P. Peramás en su Diario- que los soldados estaban «llenos de miedo, por haber esparcido nuestros émulo que teníamos un aposento lleno de armas para la defensa». Mientras el Comandante ordenaba al Rector que se vistiera y mandase juntar la Comunidad para leerle una Cédula del Rey, el P. Ministro y el despertador, con soldados a la bayoneta calada, fueron a despertar a la Comunidad, ordenándoles bajasen a toda prisa al refectorio. La sorpresa de todos y el aturdimiento de no pocos viendo la casa «llena de soldados y oyendo tanto ruido de armas» llegó al límite cuando, puestos todos en pie, escucharon la Cédula real que leyó el escribano en alta voz. A partir de ese momento ya no se le permitió salir del refectorio, donde quedaron todos encerrados con llave, y ni siquiera se les autorizó ir a la iglesia a decir misa¹² a pesar de ser domingo» [7-8].

Mientras el Comandante y el escribano recorrían los aposentos del colegio, que por esas fechas cumplía ya 200 años de existencia, el Rector mandó a la Comunidad tener la oración ordinaria [11-12].

Unas horas más tarde llevaron también al refectorio a dos que por encontrarse enfermos no se habían levantado con los demás: el P. Luis de los Santos, y el H.º Juan Valdivieso. Y otro tanto hicieron con los seis jesuitas del

Convictorio de Monserrate donde el Comandante repitió la misma operación trayendo escoltados al colegio a los jesuitas que en él vivían. A los colegiales, de momento, no se les dejó salir y se les puso centinela [14]. Mientras Fabro y la Justicia de Córdoba procedían a hacer el inventario del colegio, se publicó un bando en la ciudad para que «ninguno, pena de vida, se opusiese a las disposiciones del Rey, ni mostrase disgusto alguno»¹³. [15].

Refectorio transformado en cárcel

De cómo quedó convenido el refectorio en cárcel, es bastante expresiva la descripción del diarista:

«Por la noche nos trajeron los colchones al refectorio, aunque no todos. El refectorio tiene 32 varas de largo y 71.2 de ancho; más las 13 mesas con sus asientos fijos hacía la pieza muy incómoda para 133 sujetos que nos hallábamos en Córdoba. Los colchones se tendían por enmedio, por debajo y por encima de las mesas y no quedaba lugar para una aguja; en el púlpito dormía uno con mucha incomodidad, pues era el almacén de los trebejos; en la escalera dormían dos; en dos colchones 3, y otros en nada. Las esquinas últimas se destinaron para los vasos inmundos, que nos trajeron para las precisas necesidades. Por esto era insoportable el hedor, pues para la respiración de los cuerpos y del hedor de lo que no podíamos escusar, era muy poco desahogo el de la ventana. Viendo estas incomodidades, clamábamos a Fabro para que nos concediese el anterefectorio, pero él con un arquear de cejas, un encogerse de hombros y con un no puedo más y hago más de lo que puedo, nos dejaba más desconsolados, pues no ignorábamos que la instrucción de la Corte señalaba una o dos piezas según el número de sujetos: Por la mañana, luego que nos levantábamos, se ponían los colchones de arriba a abajo en forma de muralla, dejando dos callejones para podernos revolver, pero al menor encuentro venían los colchones a tierra y no nos daban menos risas que trabajo».

[20]

Así permanecieron reclusos once días. La comida, sin embargo, fue bastante decente, gracias al H.^o Vega, el dispensero, que fue el único al que se autorizó a salir del refectorio¹⁴. En la puerta del refectorio se puso «un buen piquete de soldados, que la defendían con bayoneta calada» [21].

Al día siguiente llegó el P. Luis Vázquez que el sábado había ido a decir misa a la Calera. Y así, en días sucesivos, fueron llegando de las haciendas los jesuitas que no se encontraban en el colegio de Córdoba en

el momento del arresto¹⁵.

Uno de los puntos más delicados, y al mismo tiempo decepcionante para el Comandante Fabro, fue constatar que tras el minucioso registro efectuado en el Colegio en busca de plata o dinero no habían encontrado más que 1900 pesos por un lado y 4000 por otro, si bien estos los habían recibido prestados del Sr. Deán, como constaba en el recibo [24]. La admiración de no encontrar más dinero venía de la persuasión -según propia confesión de Fabro- de que en el Colegio Máximo iba a hallar por lo menos dos millones de pesos, siguiendo los cálculos del Gobernador de Buenos Aires, de los que debían enviar inmediatamente a Bucareli medio millón para pagar la tropa [25].

Según el diarista Peramás «solo la sacristía estaba verdaderamente rica de vestuarios riquísimos, plata y colgaduras de terciopelo para toda la iglesia». Pero así como la Iglesia estaba tan rica, los aposentos por el contrario eran pobres, de cuya pobreza se admiraron mucho los oficiales, en tanto que los soldados decían en tono jocoso: «Aquí no hay más que hurtar que cilicios y disciplinas» de los que en el inventario pusieron 12 docenas de cilicios. A lo que añade el diarista: «Dios quiera que los usen, que bien lo necesitan» [25].

El primer día de cautiverio concluyó llevándose a los novicios al convento de San Francisco para que reflexionaran sobre su estado de seguir o no a los jesuitas [26]. Unos días después fueron restituidos al colegio todos los novicios, después de superar la prueba, a la vista de su insistencia en continuar en la Compañía [45].

La plata que esperaban requisar de las diversas haciendas resultó tan pobre que en una de ellas, la Caroya, solo encontraron 60 pesos, de los que debían 59, por lo que el administrador (Diego Millán) hizo llamar a los que se los debían, se los dio, y al oficial le entregó un peso [34].

En vista de la escasa recaudación las autoridades echaron un bando en la ciudad para que cualquiera que tuviese oro o plata de los jesuitas lo manifestase pena de la vida. El motivo de esta sospecha era una grada de plata que se estaba haciendo en Córdoba para la inmediata fiesta de San Ignacio de Loyola. El caso es que el mismo día del bando concluyó con una lluvia de piedras sobre los soldados que estaban en la portería, quienes recibieron licencia de disparar si veían quien las lanzaba, «mas en vano, porque las piedras -decían los mismos soldados- vienen del cielo» [35].

Ante la imposibilidad de salir del refectorio, y no poder ir a sus aposentos a recoger las cosas más necesarias, los colegiales del Convictorio y la ciudad -con licencia de Fabro- comenzaron a enviar a los jesuitas recluidos toda clase de ropa, hasta guantes y tabaco¹⁶. Unos días después se permitió al P. Bulnes y a los hermanos Juan Valdivieso y Pedro Céspedes, novicio, que habían caído enfermos, ir a sus aposentos¹⁷ [37].

Viaje desde Córdoba a los navíos

Trascurridos once días desde la lectura del decreto de expulsión,

finalmente los jesuitas del colegio de Córdoba pudieron salir de su improvisada prisión-refectorio. Por la noche, entre las diez y las once, Fabro y los alcaldes fueron a despedirse. Fabro pidió perdón por su conducta, justificándose de que si no había hecho más era por no permitírsele las órdenes que traía¹⁸. A media noche salieron con camas y petacas hacia las carretas rodeados de soldados y portadores de faroles [47]. En la puerta de los carros esperaban 44 entre carretas y carretones, en un gran espacio acordonado de soldados [48].

La distribución ordenada por Fabro fue que en cada carretón fueran dos Padres, los más ancianos, y un Hermano coadjutor, y en las carretas cuatro en cada una. En total los «encarretados» fueron 130: 37 sacerdotes, 52 estudiantes, 30 coadjutores y 11 novicios. En colegio se quedaron el Procurador de la Provincia y el del Colegio (P. Antonio Miranda y H.º Antonio Castillo, respectivamente), así como el P. José de la Torre a quien «por su alteración incurable de cabeza lo enviaron a su casa que era de Córdoba». La custodia de las carretas corrió a cargo de «bastantes soldados» bajo el mando de D. Antonio Bobadilla [49].

La descripción que hace el diarista de las carretas y de sus incomodidades es tanto o más ilustrativa si tenemos en cuenta que tuvieron que vivir en dichas carretas 28 largos días:

«Las carretas son en la hechura semejantes a las de España y sólo se diferencian en lo bronco y tosco. De largo tendrán tres varas y ancho vara y media. Están cubiertas unas con espadaña, otras con cuero: su altura lo que basta para estar en pie, su movimiento molestísimo y algunas lo tienen tan violento que turban la cabeza: dentro de ellas experimentan las inclemencias de los tiempos aun con mas molestia que en campo raso; porque como su cubierta es o de pajas o de cueros, tienen mil agujeros y goteras por donde entra el viento y el agua: esto aun es mas cuando llueve y después sale el sol, que seca los cueros, éstos se encogen y dejan unas ventanas que es menester valerse de mil reparos y no bastan principalmente si son viejas. Las nuestras eran puntualmente de este jaez, a excepción de unas cuantas nuevas que por casualidad habían traído del Chaco: pues los que las compusieron, como no habían de ir en ellas, ni los que las habían de ocupar repugnar, las compusieron malísimamente».

[50]

Y todavía añade para completar el cuadro:

«Fuera de esto, como habían de venir 4 en cada una, las dividieron por medio, de suerte que dos venían arriba y dos abajo. Era suma la estrechez con que veníamos de estar sentados o acostados, y acostados no había que pensar volverse de un lado para otro. Los que venían en la división de arriba aún tenían otra incomodidad y era venir en un continuo potro por ser los palos desiguales y sobresalir unos más que otros: por esto se vieron muchos obligados a deshacerla y reducirse los cuatro a vivir abajo, el cual, aunque se dijo tenía tres varas, se entiende fuera del asiento que ocupa el carrero en

las dichas varas. Por eso deseábamos con ansia el que amaneciese para ver si se podía mejorar algo. Los carretones son de la misma hechura y sólo se diferencian en ser todos de madera»¹⁹.

[51]

El P. Peramás se queja de que Fabro les llevara a estas «carrozas» y en número tan escaso para viajeros tan numerosos, y, sobre todo, para tan largo viaje, siendo así que las había para ir con más comodidad de la misma forma que no carecían de bueyes, simplemente echando mano de lo que los mismos jesuitas tenían en sus propiedades del colegio, que no deberían ser pocos, a juzgar por los que tenían en las reducciones guaraníes, ya que, según inventario oficial, en 28 de esos pueblos los bueyes mansos sumaban un total de 41.26820. Pero esta atención y compasión, que no le debieron tantas personas religiosas y tantos ancianos -comenta el diarista- «se la mereció en bruto; pues enviando a Bucareli un guanaco²¹, para que no se malograra destinó para él una carreta, valiéndolo más en la ocasión presente en su estimación un bruto que tantos racionales». Pero a la estrechez e incomodidad de los carruajes hay que añadir el que no se les permitió sacar «ni aun los libros de devoción, ni algunas otras cosillas que no se oponían a los decretos de Su Majestad» [52]. En esto también incumplió Fabro las directrices de la Execución del Extrañamiento en las que se ordenaba que se entregase a los jesuitas «para el uso de sus Personas toda su ropa y mudas usuales que acostumbran, sin disminución, sus caxas, pañuelos, tabaco, chocolate y utensilios de esta naturaleza, los Breviarios, Diurnos y Libros portátiles de oraciones para sus actos devotos»²².

La caravana de carretas y carretones empezó a caminar entre la una y las dos de la noche, es decir, la madrugada del día 23 de julio, y

«a pocos pasos empezaron a volcarse las carretas por un mal paso. En una de estas iban los enfermos; a este trabajo se juntó la gritería y llanto de la ciudad, principalmente de nuestros esclavos lo que nos partía el corazón. Mucha causa fue para tanto sentimiento el tener cogidas las boca calles con soldados para que no se pasase gente a vernos».

[53]

Pararon a tres leguas de Córdoba, a donde acudieron a despedirse varios señores de Córdoba «y entre ellos venía una señora disfrazada de hombre, hermana de un jesuita, que venía en la tropa». Los jesuitas aprovecharon la parada para intentar acomodarse mejor en los carruajes:

«Aquí compusimos las camas para acomodarlas en las carretas, pero por más composiciones no podíamos acomodar 4 camas, por lo que muchos se determinaron a no desnudarse y así vinieron 27 días hasta los navíos. Bobadilla se mostraba muy jovial y alegre, y por la

tarde cuando hicimos la única comida, nos decía que perdonásemos, pues como era el primer día no se podía hacer otra cosa que en estableciéndose las jornadas guardaría otro método y disposición: con esto, luego que comimos, volvimos a caminar».

[53]

El 24 llegaron, ya de noche, al río Segundo. Al día siguiente dos Padres, Manuel Quirini y Ladislao Oros, «pudieron decir misa en una capilla de Nuestra Señora del Pilar, con lo que todos pudieron oír misa». Y a las cuatro de la tarde pararon «para observar el eclipse de sol que hubo a esa hora y fue muy grande». Hasta aquí les acompañó desde Córdoba a un señor apellidado Aguirre, con sus tres hijos, uno de los cuales era discípulo del P. Peramás, el diarista.

El 26 no hubo misa hubo una misa por de todo. Pararon en la laguna Empira. El 27 hicieron noche en una hacienda del capataz de las carretas, y el 28 llegaron a una legua del río Tercero «a donde se dio de noche la única comida que se daba en este viaje». El 29 llegaban a Esquina de Ballesteros, y el 30 al puesto llamado el Fraile muerto, donde se dijeron -en su capilla- tres misas. Aquí encontraron unas carretas que venían de Buenos Aires por las que supieron como los jesuitas de esa ciudad habían sido arrestados el 3 de julio, es decir una semana antes que los de Córdoba. El 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, «se fue todo en caminar hasta anochecer, que no teníamos ya fuerza para tanta flaqueza; al fin paramos junto a Barrancas e hicimos la última comida» [56].

El 1 de agosto pasaron el Saladillo, llamado así porque hace salobres las aguas del río Tercero, en el cual entra a poca distancia el camino real. Por esta razón y la de no haber agua en las jornadas siguientes, hicieron provisión de agua en unas botijas que llevaba cada carreta²³. Justamente al pasar el Saladillo encontraron a unos caballeros de Buenos Aires que les contaron cómo habían preso a varios principales de la ciudad «por ser afectos nuestros», a los que desterró Bucareli, a unos a la isla de Martín García y otros a Maldonado²⁴ [57].

Al día siguiente llegaron a Cruz Alta -un fuerte con algunas casas- con el temor de la llegada de indios bravos, por lo que los soldados fueron puestos en máxima alerta. Sin embargo los tales indios no aparecieron, a pesar de que en el fuerte fueron informados de que los indios andaban cerca. Parece ser que fue una excusa o enredo para no dar escolta de soldados, ni bueyes «que sabían se iban sacando de los Partidos para remudar»²⁵. El día 3, por la mañana, se detuvieron allí para encebar las carretas²⁶ con lo que hubo tiempo para decir misas y comulgar [58].

A la hora de la siesta salieron de Cruz Alta y dejaron ya en río Tercero que habían ido costeando, y que a partir de allí «tiraba para la ciudad de Santa Fe», y fueron a hacer noche a las Islas, que no eran otra cosa que «unos pedacitos de selvas en medio del camino que van cortado las Pampas». Pampas, que, a su vez, son definidas por el diarista muy dado a incluir frases latinas en sus comentarios, como «unas llanuras interminables por los cuatro vientos, sin que encuentre término la vista, como en medio del

Océano que si aquí es: Coelum undique et undique pontus; allí es: Coelum undique et undique Pampa». El día 5 fueron a dar al lugar llamado la India muerta, día de Nuestra Señora de las Nieves «las que si en Roma tal día fueron milagrosas, aquí sería milagro en no ver en estos días grandes escarchas, las que sentíamos bien y más yendo en unas carretas tan mal techadas». Recordemos que el viaje se realizaba en pleno invierno argentino. El 6 salían para la laguna Rabona, donde la única comida que se dio fue a las 12 de la noche [59].

El 7 arribaban a Pergamino, «un fuertecillo con algunas casas, por donde pasa un arrollo salado»: En pergamino se acababan las Pampas, iniciándose un nuevo paisaje de «lomas algo altas, con bastantes casas de campo». La entrada en Pergamino fue algo rara, pues «en cada carreta iba un soldado con su lanza levantada. Nosotros íbamos dentro mirando en que paraba esta nueva resolución; mas paró en ceremonia». Aquí cenaron y después siguieron a los Arrecifes -consistentes en algunas casas juntas al lado de un riachuelo salobre- donde pararon el día 8. El 9 ya estaban al otro lado de Areco y, a pesar de ser domingo, Bobadilla, el jefe de la expedición, no quiso parar y «por autoridad real nos dispensó la misa». El 10 de agosto, festividad de San Lorenzo, también hubo dispensa de misa. Pasaron 10 leguas antes de la villa de Lujan, hicieron la comida de noche, y «luego, al punto, caminamos» [60].

El día 11 pasaron a Lujan «población bastante buena a 12 leguas de Buenos Aires. En la torre estaban llorando el Cura y el Doctor Bejarano, muy afectos nuestros; no nos hablaron porque el Ilmo. Señor D. Manuel Antonio de la Torre obispo de Buenos Aires- había prohibido a todos sus feligreses, pena de excomunión, no sólo que nos hablasen, más aún que nos socorriesen». En esta villa recibió orden Bobadilla para que, sin entrar en Buenos Aires, llevase los jesuitas a los navíos [61].

A partir de aquí, cuando ya parecía próximo el final de tan duro traslado, se multiplicaron las peripecias. Los días 12, 13 y 14 bordearon Buenos Aires y el pueblecillo llamado Quilmes, que tenía 24 ranchos de indios, a 3 leguas de la ciudad. El 15, día de la Asunción de la Virgen se dijo misa en el altar portátil, «porque Bobadilla no quiso se abriera la Capilla de la Calera, que era donde estábamos, por ser nuestra»²⁷. En adelante todo el terreno era pantanoso por lo que apenas podían avanzar, a pesar de que se divisaban los navíos. En día y medio apenas anduvieron una lengua por las dificultades de aquella laguna. Unos durmieron antes del pantano, otros en el pantano, y los demás después del pantano, tal como los cogió la noche, porque los carreteros «asistían todos con sus yuntas a las carretas que iban pasando poniendo 5 y 6 yuntas a las carretas dándoles el agua a los carreteros más arriba del vientre» [62].

Luego que amaneció el 16 se dirigieron a la Ensenada, rodeando el pantano. Era domingo «mas no hubo misa, ni que comer, pues lo que había quedado se hundió y se fue afondo en al pantano». En el 17 caminaron media legua: «íbamos con las carretas como si navegáramos». El 18 por la mañana llegaban a la Ensenada, donde encontraron una población de más de cien casas. Estaban ya prevenidas las lanchas y botes de las fragatas, la Liebre, la Esmeralda y Venus con el jabeque llamado el Andalúz: «Luego, a toda prisa, nos hicieron embarcar». A los que quedaban esperando volviesen las embarcaciones dieron de comer «unos pobres catalanes sin interés

alguno sacando la comida a la ribera del Río [de la Plata]». El diarista fue embarcado en la Venus, que era el sobrenombre de la Santa Brígida, cuyo capitán D. Gabriel Guerra Jerezano, los oficiales y tripulación los recibieron «con toda cortesía y humanidad» [63]. Si bien se quedaron admirados de que les hubieran ambarcado ese día en el que el Río estaba muy alborotado «y estando así se le puede temer»²⁸ [64].

Los catres, al menos en la fragata Santa Brígida, se dispusieron en la cámara para los sacerdotes y entre puentes para los demás. «La opresión era demasiada pues llegamos a ser 151 jesuitas, fuera de las 190 plazas pagadas, y por todos más de 350»²⁹. Las fragatas estaban en Punta de Lara, a tres leguas de la Ensenada, en un lugar donde el Río de la Plata es dulce y de muy buena agua y donde hacían provisión los navíos. El 19 por la tarde llegaron a bordo los que faltaban, por no haber podido arribar el día antecedente por el mucho oleaje. Con ellos llegó Bobadilla «para recibir certificación de nuestra entrega» [64].

A continuación dedica el diarista unas páginas a hablar de Bobadilla y de su comportamiento en todo el camino, así como del trato dado a los jesuitas que trajo de Córdoba a los navíos. Comportamiento que, por otra parte, es fácilmente deducible de la lectura anterior. El P. Peramás llega a decir que Bobadilla se portó «cruelmente». Las jornadas de caminata eran de 24 y hasta 30 horas³⁰. Salvo raras excepciones no les permitía parar ni para decir misa, ni siquiera en días festivos. De esta forma sólo podían hacer una comida al día, y ésta «por lo regular a media noche, al sereno, levantándonos de la mesa, que era el santo suelo, y los manteles las yerbas empapadas en agua del mucho rocío que caía, por lo que íbamos tiritando de frío» [67]. Dichas comidas se reducían a un poco de arroz o de fideos y un poco de vaca. A tal extremo llegó la situación que, según dice el diarista, «se nos quitó la vergüenza, o por mejor decir la necesidad nos la quitó; y luego que parábamos, íbamos a donde mataban reses para los carreteros y les pedíamos nos diesen de limosna un pedazo de carne, y la metíamos en un palo, y medio chamuscada la comíamos. Otros freían las asaduras e hígados en las vacinillas que traíamos algunas, y nos sabía la fritada grandemente» [68].

A modo de síntesis concluye el diarista esta parte de su relato:

«De esta suerte nos trajo todo el camino; tal vez le decíamos que daríamos parte a la Corte del modo con que nos trataba, que no era aquello lo que Su Majestad ordenaba, etc. y entonces nos respondía: 'Persuádanse Padres que, al presente, más caso han de hacer de un dicho mío que de ciento de VV. RR., fuera de que yo hago más de lo que puedo'. No paró aquí otra vez que le hablamos sobre este punto, pues encolerizándose, nos mandaba meter en las carretas sin permitir saliésemos de ellas, y si hubiésemos de amontonar aquí los pasajes todos que tuvimos con nuestro Bobadilla, juera esto muy largo; basta lo dicho para poder venir en conocimiento del modo con que nos traería».

[69]

Lo que por lo visto no esperaba Bobadilla era el recibimiento que por lo visto le aguardaba en Buenos Aires:

«Se ha de advertir que en Buenos Aires sabían, antes que llegásemos nosotros a sus cercanías, el mal trato que nos venía dando Bobadilla, y no faltaron quienes avisaron a Bucareli, por menudo, y que no creían que su Excelencia le había dado semejantes órdenes a Bobadilla, etc. Luego, pues, que Bobadilla nos dejó en el navío, parte a Bucareli y dale parte con su presencia de su expedición; con su presencia, digo, pues Bucareli no le dio lugar a que hablase, y así la primera salutación fue; 'muy mal servido me doy de vos'; y la segunda ésta: 'es eso lo que yo os encargué sobre la conducción de los Padres, etc.'. Y la tercera fue que se diese preso, según nos dijeron, y su carretón, que lo traía bien proveído y lo había dejado en una estancia antes de llegar, se lo embargaron».

[70]

En dicho carretón había cargados libros, alhajas, sillas de montar y una lámpara de plata tomada del colegio de Córdoba «y aún no contento con esto decía, que se daría por bien pagado si en premio y recompensa de su expedición, le daban otra lámpara de plata de 2 arrobas, que estaba en el crucero de la Iglesia de nuestro Colegio» [66]. Pero si resulta llamativo lo anterior no lo es menos el comentario del autor del Diario, por lo que dice y por lo que deja entrever:

«Nada de esto hubiéramos extrañado, si él en su comisión se hubiera portado como decía y le mandaba el Rey; porque ya sabíamos que los Comisionados en nuestro arresto habían de ser según el corazón de nuestros émulos y dado que, o por ignorancia o por necesidad, viniesen algunos efectos nuestros, no por eso dejarían de enriquecerse. Por eso digo que no lo hubiéramos extrañado, antes de algún modo nos hubiéramos alegrado de que, supuesto que nuestras cosas habían de venir a dar a manos de seculares, éstos fuesen afectos nuestros. Pero no fue así en nuestro Bobadilla, pues se portó tan cruelmente con nosotros, que sentíamos sobremanera que a los latrocinios añadiese la tiranía».

[66]

Lo sucedido hasta la salida a alta mar

Los diez primeros días de embarque pasaron sin mayor novedad que el reponer fuerzas del largo e incómodo viaje realizado a través de la Pampa

en pleno invierno argentino con la incomodidad que supuso el haberlo realizado en carretas y carretones tirados por bueyes. El 29 de agosto de 1767 se desencadenó un fuerte temporal de viento y agua que duró toda la mañana, y llegó, a las dos de la tarde, a romper el cable de una de las dos anclas por lo que tuvieron que echar la esperanza³¹. A partir de las tres se sosegó y a la noche se apaciguó del todo. El día 30 llegó a bordo parte de una expedición misional³² compuesta de 5 sacerdotes, 14 estudiantes y un coadjutor que, unos días antes, había llegado a Montevideo con el destino a las misiones de Paraguay. Algunos se tuvieron que quedar enfermos en Montevideo, muriendo al poco uno de ellos, el P. José Salinas, que había llegado ya muy enfermo, y fue enterrado en la Matriz. Apenas fondeados en Montevideo les mandaron que nadie saltase a tierra, y el Gobernador les intimó el decreto de expulsión. Este fue el recibimiento hecho, el 25 de julio, a unos hombres que habían salido de Cádiz el 11 de enero. La odisea de esta expedición misional ocupa la atención del Diarista, el P. Peramás:

«Poco después [de salir de cadiz] estuvieron para perderse por un temporal que al navío le hizo tener un lado por 3 horas debajo del agua. Cortaron el palo de mesana con lo que empezó a enderezarse el navio. Arribaron dos veces a Algeciras. A la primera se quedaron dos jesuitas, dos enfermos y el otro de miedo. A la segunda se quedaron por el mismo miedo otros dos. Arribaron también a Canarias, donde los trató muy bien el obispo. Murió en la línea un estudiante, llamado Palacios, y casi todos con la tripulación de enfermaron. Los alimentos los tuvieron muy escasos, principalmente los enfermos, pues para 100 se ponía una gallina en el caldero. Llegaron a Montevideo el 25 de julio».

[72]

Cinco días después reembarcaban en el mismo navío donde iban sus compañeros de Córdoba. Digno colofón de un viaje de cinco meses y medio, al cabo del cual se encontraron, sin poder tocar tierra, de nuevo embarcados para regresar a la misma ciudad de donde habían partido, si bien, esta vez, el viaje sólo iba a durar 85 días, es decir, apenas tres meses. Pero previamente tuvieron que permanecer embarcados otro mes y medio, antes de que la flotilla de los expulsos pudiera salir del Río de la Plata y llegar a alta mar [72].

El 30 de agosto, día en que vino esta nueva e inesperada expedición de expulsos, la comunidad de Córdoba recibió 200 camisas enviadas por el Gobernador Bucareli. Diez días más tarde serían 100 pares de zapatos y 100 libras de tabaco las también remitidas desde Buenos Aires por Bucareli. Como contrapartida y aprovechando el mismo navío se llevaron a todos los novicios para probarlos, esta vez en Buenos Aires, y ver si en esta ocasión tenían más éxito que el obtenido en Córdoba, cuando también fueron separados de la comunidad y presionados para que abandonaran la Compañía, evitando así el destierro que para ellos iba a ser doblemente duro, no sólo por su juventud, sino porque estaban excluidos de la pensión

vitalicia que el rey concedía a todos los demás expulsos. No obstante se mantuvieron fieles, si bien dos de los recién llegados de Europa «faltaron» [73].

Los días pasaban sin grandes noticias, por lo que el diarista se dedica a reseñar las tormentas de «viento, truenos y lluvia» que de vez en cuando tuvieron que soportar. El 15 y 16 de septiembre llegaron nuevas embarcaciones: las saetías Catalana y Pájaro, y en el 19 embarcaron los jesuitas recién llegados de los colegios de Santa Fe y Corrientes (16 de Santa Fe en el Pájaro y 12 de Corrientes en la Catalana) [13].

Una noticia curiosa es la recogida unos días después:

«En el 22 se trataba con ardor traer a nuestro navío más pasajeros, principalmente 12 señoras francesas de las Islas Malvinas: mas nuestros oficiales hicieron una representación seria a Bucareli, haciéndole saber que la opresión era tal que todos nos temíamos una peste. El efecto fue que sólo vino un oficial francés francmasón».

[74]

El hecho de no dar ninguna explicación sobre que era un francmasón (Peromás lo escribe fracmasón) resulta extraño en el diarista que no pierde ocasión con la aparición de nuevos protagonistas, sean personas, pájaros, peces, o cualquier otro ser o circunstancia, para hacer disgresiones y dar sus particulares visiones. El silencio ante el francmasión tal vez se pueda interpretar como que era cosa de sobras conocida, o al contrario del todo ignorada.

Finalmente el 24 llegó a la Ensenada un nuevo navío, el San Esteban, en donde habían de ir 48 sujetos de Buenos Aires, entre los que embarcaron siete novicios de los recién llegados con el P. Cosme Agulló, perteneciente al colegio de Buenos Aires, como superior.

Completaba la flotilla, el día 26, a las 8 de la mañana, se tiró la primera pieza de leva y se puso gallardete, señal de capitana³³ preparándose todos para levar anclas y salir, cosa que, sin embargo, no pudieron hacer hasta el día 28 de septiembre, porque habiendo cambiado el viento tuvieron que volver a echar las áncoras. Finalmente el 29, tras el segundo cañonazo de leva, empezaron a navegar a las 9 de la mañana, si bien en los días siguientes apenas avanzaron, a causa «de malos tiempos», pues «para salir del Río de la Plata son necesarias tres condiciones para vasos mayores: buen viento, éste flojo, y creciente» o marea alta [74].

La salida del Río de la Plata no resultó fácil y poco faltó, el 7 de octubre, a causa de una turbonada que se levantó de repente, para que se fuera a pique la capitana, por ser lugar muy peligroso:

«Se echó el áncora, faltó el cable; se echó otra, faltó el cepo; se echó la Esperanza y tomó. Si vienen otras como éstas, lector, ya no tenemos áncoras».

[75]

Debido a que en el gran Río de la Plata se experimenta mucha subida y bajada de las aguas, mas no con la regularidad del flujo y reflujo del océano, el día 9 apenas hicieron otra cosa que mudar de sitio. Finalmente el 11 de octubre tuvieron «buen viento suave y marea alta», las tres condiciones necesarias que les permitieron llegar a Montevideo³⁴. El 12, festividad de Nuestra Señora del Pilar elevaron ancla y lograron salir a alta mar. No volverían a dar fondo hasta la bahía de Cádiz. Para cuando salieron a alta mar ya estaban embarcados 54 días.

De cómo iban los jesuitas en la fragata Venus y del trato recibido tanto en los 54 días pasados en el Río de la Plata, como en los 85 restantes en alta mar, hasta su llegada a Cádiz, el diarista se ocupa de forma especial en un capítulo titulado «lo tocante a habitación y trato». Los 151 jesuitas finalmente transportados en la capitana fueron acomodados en los entrepuentes, en el Santa Bárbara y en la Cámara:

«Los de la Cámara tenían la conveniencia de tener luz y de no andar siempre inclinados, ni la vecindad de la marinería. No obstante, la Cámara no era muy grande, y para que cupiesen muchos (en realidad iban 50) hicieron seis órdenes de catres, dejando entre medio un callejón para el paso, que apenas cabía uno. Los catres eran lo suficiente, mas como venían unos abajo y otros arriba, eran muy incómodos, pues no se podía uno sentar sin tener inclinado el cuerpo. Los que venían a la mura de estribor, como tenían otro orden de catres por delante, era necesario se acostasen temprano para dar lugar a los otros primeros, ni podían levantarse sino tarde por la misma causa.

[158]

Los que venían en los entrepuentes, venían aun con mayor incomodidad. Por la poca luz que entraba por las escotillas, la que se quitaba del todo cuando se cerraban en los temporales y entonces quedaba aquella habitación hecha un vivo retrato de un tristísimo y penoso calabozo. Fuera de esto, la estrechura, pues el sitio que dejaban los catres estaba ocupado con los coys de los marineros y tropa, con arcas y baúles, y el suelo con bastantes tablones. Allegábase la vecindad de los marineros y tropa, lo que era insufrible por el mal olor que despedía esta gente, y más por su conversación que acostumbran».

[159]

Esto por lo que toca a la habitación. Respecto al trato, especialmente en la comida, la descripción que hace el diarista nos recuerda las de otros expulsos peninsulares en sus viajes desde Ferrol, Cádiz, Cartagena y Salou a su destino final de Córcega. Los del Río de la Plata no fueron más afortunados:

«Para las provisiones estaba señalado en Buenos Aires uno llamado J. Ginés. Este las hizo con abundancia, pero algunas no correspondían en la calidad: así el vino era vinagre y muchos postres no se podían comer. A bordo, los manipulantes, o ya fuese por ganar ellos, o ya por otros motivos, hacían la distribución como querían. De unas nos daban con abundancia para ahorrar otras; y de otras menos con el mismo fin, trastornando los fines para que se habían traído. Por esto se nos daban lentejas todos los días, con la diferencia que si hoy venían por ante, mañana venían de porción. Los anises y bizcochos para el chocolate los daban de postre. El chocolate que nos daban todos los días luego que nos dimos a la vela cesó; aunque desde la línea nos daban a temporada algunos bollos hasta que se cansaron y dijeron no haber más; aunque después, cerca de Cádiz, en un temporal que se cayeron las puertas de una despensilla salieron cuatro cajones que vimos todos, ni por eso se dieron por entendidos».

[160]

Y el diarista prosigue con su carga de humor ácido en un nuevo capítulo que intitula irónicamente «Prosigue el buen trato»:

«La galleta era la peor y siempre era menester limpiarla antes de comer, porque mucha, principalmente la partida, venía llena de chinches. Las menestras del mismo modo llenas por lo regular de excrementos de ratas y de cucarachas. Las viandas venían siempre de un mismo modo y tan escasas que todos los días había pleito por no alcanzar. Tal vez nos quejábamos de esto y no faltó quien nos dio por respuesta “el que agradeciésemos a Dios que no nos tratasen peor que a grumetes”. Callábamos, pues, y sufríamos por no exponernos a oír mayores desvergüenzas. Basta lo dicho, lector, para que veas de algún modo cómo vendríamos y pasaríamos 85 días en la navegación con semejante trato».

[161]

Viaje hasta anclar en Cádiz

El Diario del P. Peramás, una vez ya en alta mar, no vuelve a ocuparse directamente de la especial e incómoda situación de los jesuitas, y abunda en todo tipo de noticias que nos ayudan a acercarnos y conocer las múltiples peripecias por las que tuvieron que pasar los jesuitas expulsos antes de su llegada a Cádiz. Dedicó especial atención a los vientos,

marejadas, borrascas y tempestades, así como a sus consecuencias: golpes de mar que se llevaban vacas; ganado que moría; víveres y cañones arrojados al mar para evitar lastre, etc. En la fragata Santa Brígida o Venus se murió todo el ganado vacuno, y en la Catalana tuvieron que echar al mar «muchos víveres con muchos cañones» a finales de octubre y primeros días de noviembre [137-140].

El espíritu observador del P. Peramás va describiendo todo: el paso por el trópico de Capricornio, los pájaros negros o tontos, los peces voladores³⁵, los bonitos y tiburones, los vientos, chubascos³⁶ y temperaturas, los votos del bienio hechos por dos novicios (Domingo Paz y Juan Domínguez) [141] el 7 de noviembre, el viático a un marinero «con toda la pompa posible, estando la tropa formada sobre el alcázar, y desde el altar hasta el catre colgado con banderas», y su posterior muerte (15 y 16 de noviembre) recogida de forma escueta y lacónica: «Esta noche murió un soldado. Echóse al agua el soldado»³⁷ [142].

El paso de la línea del Ecuador fue celebrado con el canto de una salve: «Este es un paso muy deseado de los navegantes que consideran la mitad de la navegación pasada: mas no tiene aquellas vulgaridades que algunos fingien», pues la aguja que miraba al norte se quedaba igual y no mirando al sur, ya que los dos polos seguían fijos [143]. Dicho paso es objeto de diversas observaciones entre irónicas y realistas recogidas en el Diario:

«Otros dicen que al pasar la línea se siente notable alteración en el ingenio; ésta es otra fábula; el que tonto era, tonto se queda; y el que era ingenioso, nada pierde en la línea. Estas son simplicidades semejantes a las de Sancho Panza; que al pasar la línea, como él pensaba en el Ebro por Zaragoza, se echó la mano al pecho a ver si se le habían muerto los piojos, que había oído se morían todos en la línea. Ojalá hubiera sido así, que no nos hubieran acompañado millones de blanquillos en la línea, en los trópicos y en todo el viaje».

[144]

A propósito del calor y bochorno sufridos a finales de noviembre se lee en el Diario lo siguiente:

«En estos tiempos tuvimos grande sed, siendo la ración de agua de 3 cuartillos. El sudar día y noche era tanto que ciertamente se transpiraba más que se bebe, y así arden las entrañas; el cuerpo y el espíritu quedan disipados: no obstante, es allí muy nociva la mucha agua que el vino; con éste se fomentan algo las partes interiores caídas por extremo con el sudor; y por la misma razón se bebe mucha agua; no es capaz el estómago de cocerla, y así daña».

[145]

Debido al calor se limpiaron y regaron con vinagre los entrepuentes;

diligencia que -como observa el diarista- era necesaria para evitar que se levantara alguna peste «con la putrefacción y mal olor que el calor causa». Pasa esa diligencia tuvieron los jesuitas que sacar las camas con los trebejos de cada uno sobre la cubierta, faena que resultaba «intolerable por el sudor y el mal olor». Quizá para evitar esa peste el capitán solicitó a los jesuitas que empezaran la novena a San Javier [145].

Al calor se unió la calma del día 27:

«No hay cosa que más aflija a los navegantes. Se clava el navío como en tierra y no se adelanta: todo es dar vuelta como molino. Los ánimos melancólicos, sufriendo entretanto los rayos del sol y destemplanza del tiempo. Ven que se consumen los víveres y el agua y no se adelanta: por esto se consume la gente sin sentir, ni tienen valor para hacer alguna cosa. Por esto dicen que es mejor una tormenta que lleve a rumbo que una calma; pues con la tormenta se hacen 100 leguas con un pan y en calma con 100 panes no se hace una legua».

[146]

Ese mismo día murió el patrón de la lancha Buen viaje: «Entre nosotros no hubo enfermedad especial en medio de tantos calores: los sentíamos sí, pero los Padres setentones parecían que mejoraban con ellos».

El 3 de diciembre, día de San Francisco Javier, otro novicio (Pedro Céspedes) hizo los votos. Y el día 4, además de repetir la misma diligencia que en días pasados con el vinagre, por ser día de Santa Bárbara se tocó a misa con la solemnidad de los días de fiesta. Y el diarista que aprovecha cualquier ocasión para hacer digresiones en esta ocasión nos ilustra sobre el fuego y el Santa Bárbara de los navíos.

Refiriéndose a la misa en honor de la santa, dice:

«Obsequio debido a la Santa para que patrocine a los navegantes y libre las naves de algún incendio. Para mí éste es el mayor peligro que tiene un navío; se ha de guisar, ha de haber luces, fumando todo el día; por otra parte no hay cosa que no sea combustible: la madera, los cabos, la brea, las velas; y si esto arde, es la mayor tempestad que se puede dar, porque de tales no hay escape. Pues para que entre tantos peligros no haya un incendio, milagro ha de ser de Santa Bárbara; por lo que a la pieza más peligrosa, que es la de la pólvora, se llama en todos los navíos Santa Bárbara. La gente de mar ya conoce esto, y dicen en adagio vulgar, que el marinero tiene el fin del huevo, el cual acaba sus días o estrellado, o pasado por agua, o frito en las llamas».

[147]

El 5 de diciembre ya estaban a la altura de las islas de Cabo Verde³⁸. El

8, día de la Concepción, se dijeron dos misas en la capitana en las que comulgó la Comunidad y muchos marineros. Y fue precisamente ese día cuando el Comandante solicitó del Rector que por la falta de gente en la fragata, señalase algunos coadjutores que ayudasen a los cañones si se ofreciese algún combate. El Rector accedió y dio la lista a D. Manuel Álamo [148]. A los pocos días los jesuitas, convertidos en «artilleros» hicieron sus primeros ejercicios de cañones.

El 11, entre dos y tres de la mañana, con «un tiempo que tiraba a frío» pasaron el trópico de Cáncer o de Cancro, como escribe el diarista. Dos días más tarde avistaron dos naves que fueron llamadas «con un cañonazo, bandera y gallardete» para su identificación y del punto de su derrota. Una había salido de Irlanda y se dirigía a Jamaica; y la otra, habiendo partido de Inglaterra llevaba rumbo a Martinica. Otras diez embarcaciones venían tras éstas. Al ver tantas naves inglesas temieron hubiese guerra en Europa, tanto más que Bucareli, antes de salir había advertido al Capitán de la Venus que viniese con cuidado, ya que quizás cuando llegase a España estaría la guerra declarada:

«Por lo que se hizo zafarrancho y se llamó por lista a los nuevos artilleros los Coadjutores. Mas no hubo nada y el combate se convirtió en una descarga que hicieron los ingleses de quesos, cerveza y manteca de Flandes, con lo que quedaron todos sosegados y blandos como la misma manteca».

[149]

En días sucesivos se fueron encontrando con los navíos ingleses anunciados. El 21 de diciembre, gracias a una mejoría en los vientos, que en los días anteriores habían sido adversos, llegaron al paralelo de Canarias, si bien todavía muy apartados de ellas por longitud. Sin embargo es la ocasión que aprovecha el diarista para describirnos las islas:

«Las Canarias son siete islas. La isla de Palma, la del Herrero, la Gomera, la Gran Canaria, la Fuerte Ventura, la Lanzarote, la de Tenerife. Hay otras de menor consideración, v. g., la Graciosa, Roca, Alegranza, Santa Clara, etc. En la de Tenerife está el famoso pico, de quien dice Tosca, se descubre a siete leguas de distancia, de que se colige tener de alto ocho millas italianas. Ricioso le da diez millas. Son necesarios tres días para subir a su cumbre, que es plana y sin niebla: todo el año, menos julio y agosto, está cubierto de nieve. Algunos geógrafos hicieron y hacen a este famoso mojón del mundo todo, esto es, lo ponen en el primer Meridiano y a punto de longitud. La Lanzarote y Fuerte Ventura descubrió por el Rey Don Juan de Castilla en 1717, Juan de Betancour, Caballero Normando: las otras las descubrieron los españoles. Están entre 27 y 29 grados de latitud y se extienden a los cinco grados».

[151]

Los días de Navidad fueron de fuertes vientos tirando a tempestad que les obligaron a cerrar las escotillas por los grandes golpes de agua que entraban. El 25 se sosegó el mar, de modo que se pudieron decir dos misas. Pero el 26 arreció tanto el viento y el mar que se tuvieron que clavar las ventanas [152].

El día 27 viraron en busca de las islas de Madera y esa noche «observamos un arco iris perfecto que formaba la luna con solo la diferencia del que suele formar el sol, que éste tenía los colores amortiguados; en lo demás todo era semejante». La luna estaba en el cuarto creciente. Dos días más tarde vieron ya la tierra de las islas de Madera. «Están en la misma longitud de Canarias: son fértiles por un incendio en sus bosques que duró muchos años». El 30 «nos hizo un poco de calma, providencia de Dios, para poder recoger un marinero que nos cayó al agua por la proa» [153].

Finalmente el 3 de enero de 1768, al mediodía avistaron ya el Cabo de San Vicente, a 48 leguas de Cádiz y punto de referencia de «todas las naos que vienen de la América». El 4 les llamó un bajel con un cañonazo que resultó ser la fragata San José que venía de La Habana y les pidió que la acompañaran, pues no sabía donde se encontraba³⁹.

Muy pronto empezaron a aparecer sobre la costa casas y población pero por la obscuridad -pues el día estaba muy nublado- «no se podían certificar los pilotos qué población fuese». Finalmente avistaron Rota, se llamó al práctico con un cañonazo y una vez a bordo les guió por una zona que era peligrosa «por la multitud de piedras que cubre el agua en altas mares». Después llegó el práctico de Cádiz, «quien nos entró en la bahía, adonde enfrente de Matagorda dimos fondo ya casi de noche». Así concluían los 85 días transcurridos en alta mar desde las Indias a Cádiz [154].

La vista de la bahía le sugiere al diarista algunas reflexiones marítimo-providenciales:

«Cádiz no se descubría bien, aunque todos lo deseábamos. Pasamos muy divertidos viendo los navíos de que estaba entonces bien proveída la Bahía. Encontramos uno anegado de un temporal que hubo el día de San Javier, en el cual, según nos dijeron, perecieron más de 40 embarcaciones y gran número de gente, y no fue de poco susto para Cádiz por haber sido en día de San Javier. Y ahora es de advertir la providencia de Dios, que en este tiempo fue cuando nosotros tuvimos tantas calmas, apartándonos Dios con su alta providencia de este peligro en que tal vez hubiéramos perecido».

[155]

Aunque el día 5 llegaron los barcos que habían de transportarlos a Puerto de Santa María, al no venir con ellos los prácticos, y por el reflujo existente entre las aguas de la bahía y las del río Guadalete⁴⁰, no pudieron reembarcar hasta el 7 a las dos de la tarde, si bien no llegaron a la barra hasta la noche, por no tener viento, viéndose en esta ocasión «en grande peligro por la poca agua y fuerte oleaje que había».

El momento de pisar tierra es descrito así:

«Llegamos finalmente a la playa, adonde nos esperaban con soldados con bayoneta calada. Y si hubiera sido de día, hubiera sido nuestro desembarco aún más ruidoso, puesto que el Gobernador, el señor Conde de Frigona, tenía orden, según nos dijeron, que no saltasen en tierra los del Paraguay sin que tuviese la tropa sobre las armas».

[156]

El comentario del diarista es suficientemente expresivo:

«Yo no sé qué habían imaginado en España de nosotros: acaso sería porque temerían que nosotros aún presos éramos poderosos, y más trayendo en nuestra compañía, como se decía en Cádiz, al célebre Rey del Paraguay, Nicolás⁴¹; a lo menos el Gobernador parece no era de este parecer, pues escribió a la Corte “que había sido providencia de Dios que nosotros hubiésemos desembarcado de noche; porque si hubiera sido de día, hubiéramos sido la irrisión de todos según lo derrotados que veníamos”».

[157]

Llegados al hospital -su nueva residencia- fueron llamados por lista al pie de la escalera, y luego los oficiales acompañados del P. Ministro los repartieron por los aposentos. Entretanto el refectorio estaba ya prevenido «con la cena común de los colegios». Pero mientras se iban acomodando en las habitaciones designadas, «los guardas del tabaco se entregaron en nuestras camas a sacar el polvillo y algo más» [157].

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

